

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 13 de la original publicación
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía de la genial y
bella «estrella»

NORMA TALMADGE

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

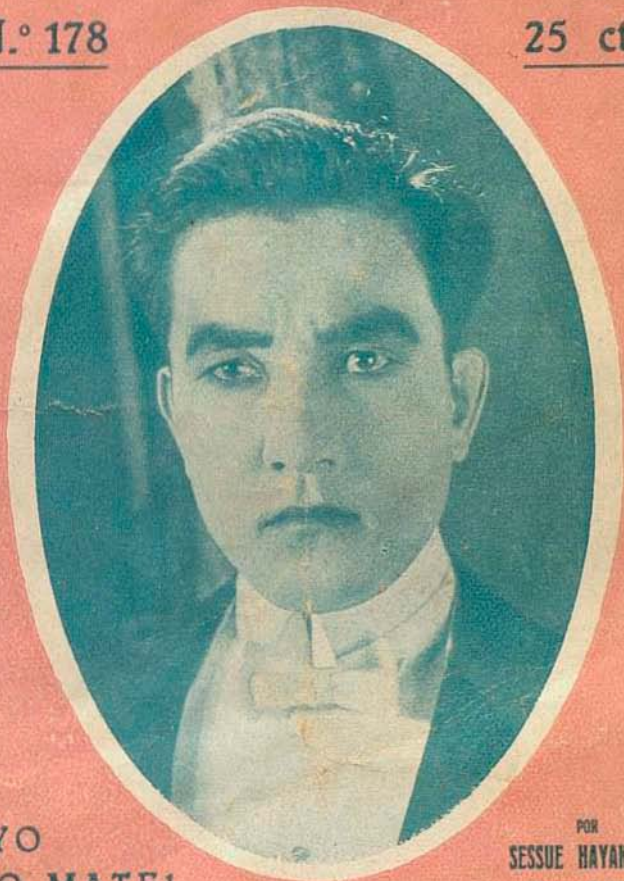
La exclusiva de venta de nuestras publicacio-
nes la tenemos cedida a la **Sociedad**
General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicacio-
nes, S. A.—Barbará, 16, BARCELONA.
Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAQUER MOÑERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 178

25 cts.



¡YO
LO MATE!

POR
SESSUE HAYAKAWA
y **HUGUETTE DUFLOS**

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 178

¡Yo lo maté!

Comedia dramática de ROGER LION,
interpretada por el popular artista
SESSUE HAYAKAWA y la bella
actriz HUGUETTE DUFLOS.



GRAN EXCLUSIVA DE
MODESTO PASCÓ

Rambla Catalunya, 62 :-: BARCELONA



Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GABRIEL SIGNORET

¡YO LO MATÉ!

Argumento de la película de dicho título

Planta rara en el jardín de egoísmos que es nuestro mundo, la Abnegación florece al lado de sus hermanas: el Sacrificio y la Lealtad. Muchas vidas se deslizarán hacia la muerte sin tropezar jamás con esta trinidad excelsa; pero otras la hallarán, quizá sin proponérselo, y es entonces como si un Ángel de la Guarda velase sobre ellas.

*
**

En su mansión de Neuilly, el sabio orientalista Renato Durmontal, gran investigador del profundo misterio asiático, vivía entregado a un trabajo intenso, sin hacer caso de las repetidas advertencias de su corazón enfermo.

Susana, su esposa, mucho más joven que él, era la alegría, la belleza y la poesía de aquel hogar. Ella realizaba cada día el milagro de poner aromas y sonrisas sobre las arideces de la Ciencia.

Aquel amor tranquilo y consciente había dado su fruto, y el pequeño Gerardín llevaba sus travesuras lo mismo al severo estudio de su padre que al coquetón *boudoir* de su madre.

Raras eran las veces que el sabio acompañaba a su esposa en sus visitas o a los honestos lugares de esparcimiento. La terquedad con que se empeñaba en seguir trabajando hasta altas horas de la noche inquietaba seriamente a su esposa, además

de que no era muy agradable para ella el tener que salir siempre sola.

Una vez, deseando ir con su marido, Susana fué a interrumpirle en varios estudios en los que estaba embebido en su despacho, y le dijo, mimosa:

—¿Por qué no te decides a acompañarme a la Opera? Hoy dan *La Bohème*. Tu función preferida. De tanto ir sola a todas partes, va a pensarse la gente que no tengo esposo. Anda a vestirme; todavía es buena hora.

Renato miró con dulzura a su mujer, y respondióle amablemente:

—No, hijita; es tarde ya. Además, tengo que preparar esta misma noche mi conferencia de mañana.

Susana tuvo que resignarse a salir sola, alejándose a poco de su casa en el lujoso automóvil del matrimonio.

El sabio, doblemente feliz con su afición a las investigaciones acerca de los remotos países de exotismo y con la seguridad de que Susana se divertiría en el teatro, prosiguió sus trabajos.

De súbito, como si comprendiese que su padre trabajaba demasiado, Gerardín se presentó en su gabinete particular, y le objetó reflejándose en su semblante un dura expresión:

—;Se acabó la lectura, señor papá! ¿Qué es eso de que le importen más los libros que su hijo?

La reconvención del niño era de las que no admiten réplica. Así, pues, el sabio tuvo que acatar el deseo de su hijito, dedicándole unos buenos momentos, hasta que el sueño rindió su cuerpecito encantador.

Después, bajo la luz que destellaba una lámpara, en la que se inundaban los papeles y daban al rostro del profesor una tonalidad amarillenta, siguió la labor... hasta que Susana regresó de la Opera y obligó a su marido a acostarse.

Diariamente, al salir de su cátedra del Museo Gallière, aguardaba al sabio el automóvil que ocupaban su esposa y su hijo.

Una mañana, al reunirse el trío feliz, dijo Susana a su esposo:

—¿Qué te parece si diésemos una vuelta por el viejo Montmartre?

Como el señor Durmontal no tenía jamás una negativa para su exquisita compañera, el deseo de ella fué realizado sin comentario alguno desfavorable.

En tanto, en Montmartre, como pluma llevada por el viento, Hideo, un escultor y miniaturista



—No, hijita, es tarde ya... Además, tengo que preparar esta misma noche mi conferencia de mañana.

japonés, arrastraba por aquellas callejas del viejo París su nostalgia de los luminosos paisajes de Oriente.

En un puesto de verduras regentado por una mujer de pelo en pecho, Hideo tuvo la mala fortuna de detenerse, a descansar o para mejor re-

cordar algo que se agitaba en su atormentado espíritu.

Unos instantes después de ese alto en su camino, Hideo volvió a reanudarlo, pero al mismo tiempo a parroquiana que acababa de despachar la vendedora en cuestión echaba de menos su monedero.

—¡Me han robado!

—¿Qué dice usted, señora?—preguntó asombrada la vendedora.

—¡Sí! Lo dejé aquí encima. ¡Me lo han robado!

La vendedora se fijó en Hideo que se alejaba tranquilamente, y como no recordaba haber visto pasar junto a su puesto a nadie más, pecó juzgándole el autor de la sustracción del citado portamonedas.

Y con la vendedora varias mujeres persiguieron a Hideo, alcanzándolo y rodeándole pronto una muchedumbre curiosa.

—¡Devuélvame mi portamonedas!—exigió la robada—. ¡Ladrón!

—Señoras... yo... Se han equivocado ustedes. Yo no soy lo que ustedes se imaginan. Yo soy una persona decente.

Acudió un *gendarme*. La cosa se ponía seria. Era inútil que Hideo tratase de defenderse. Las mujeres gritaban que él era el ladrón del portamonedas.

Por fortuna, el automóvil en que iban los Durmontal pasó junto a la multitud que se apiñaba para ver en primer plano al malhechor detenido.

Apartóse la gente para dejar el paso libre al coche, y con gran sorpresa el sabio reconoció al supuesto ladrón.

—¡Oh, sí, no me engaño! ¡Es Hideo, mi amable caricaturista de Tokio!—exclamó, dirigiéndose a Susana, que no se asombró más que él.

El sabio apeóse, llegó hasta Hideo, que al reconocerle también, se consideró salvado, y estrecháronse afectuosamente las manos.

Enterado en pocas palabras de lo que le ocurría

a su amigo, el señor Durmontal, acreditando su personalidad al agente, consiguió que se dejase en paz al inocente, de cuya honradez respondía a ciegas.

Las mujeres, no satisfechas con que la cosa quedara tan arbitrariamente solucionada, no estaban dispuestas a deponer su actitud agresiva para con el ladrón, pero el *gendarme* sabía su obligación, y si no con palabras razonables, con duras amenazas, dispersó los grupos.

Susana sonreía en el coche. ¡Qué lejos estaba de prever aquel encuentro!

El sabio e Hideo hablaban con mucha simpatía.

—¿Quién iba a pensar que usted se encontraba en París, mi querido Hideo!

—Acabo de llegar, señor Durmontal.

—Siendo así, le perdono el que no haya venido a visitarnos. Supongo que tenía usted la intención de hacerlo en seguida.

—Naturalmente, señor Durmontal.

—Venga. Mi familia está ahí... en ese *auto*... Mi esposa se alegrará mucho de verle. Ni ella ni yo hemos olvidado al artista que tan amablemente nos sirvió de guía en nuestras peregrinaciones por Oriente.

Hideo inclinóse respetuosamente ante la encantadora Susana, y con emoción estrechó luego su mano, que ella, sonriente, le tendió con naturalidad.

La sensación que experimentó el japonés ante Susana la justificaba el hechizo de lejanos ensueños, no por imposibles menos bellos, que sintió al ver de nuevo a la esposa de su amigo el sabio.

Susana habló la primera, saliendo del paso presentando a su hijito, al que Hideo no conocía aún:

—Nuestro hijo Gerardín. Nació seis meses después de nuestro último viaje al Japón.

El niño hizo algunas fiestas al japonés, que le resultaba muy simpático, haciendo lo propio Hideo con él.

El mismo público que se congregaba un poco antes alrededor de Hideo para acusarle, sin saber la verdad, como ladrón, por el mero hecho de que lo condenaba una mujer, seguía, a mayor o menor distancia, la escena del reencuentro del mismo con los Durmontal.

Por la expuesta razón, Susana, antes de que Hideo se dispusiera a separarse de ellos, dijo a su marido:

—Renato, obliga a Hideo a prometer que nos visitará cuanto antes.

—Ya se lo he dicho hace un momento, Susana. Y no faltará a la palabra que me ha dado de hacerlo mañana mismo.

—Son ustedes muy amables... Iré... No faltaba más. Adiós, Gerardín. Hasta mañana, señora. Muy agradecido, señor Durmontal.

—Adiós, Hideo. Hasta siempre.

Partió el *auto*. Susana habló animadamente con su esposo referente a Hideo, y éste, siguiendo con la vista triste la fuga del coche, movió la cabeza con desaliento.

*
*
*

En el París internacional de los millonarios y los caballeros de industria, se movía una pareja audaz. Era él un aventurero llamado Augusto Verian, que en otro tiempo había sido novio de Susana. Era ella una mundana que ostentaba como nombre de guerra el de baronesa de Calix.

La falsa aristócrata, ejerciendo influencia en su cómplice, le obligó a sacar partido de la amistad que había tenido él con la esposa del rico señor Durmontal, de la que poseía, como recuerdo, algunas cartas.

—La verdad, no comprendo tus escrúpulos en lo que se refiere a Susana Durmontal. ¿Olvidas que esas cartas pueden ser en nuestras manos un magnífico negocio?

—Estaba pensando si no sería mejor preparar

el terreno... sin precipitarse... para que no falle el "golpe".

—¡Bas a de vaclaciones! ¡Si tú no te atreves a obrar sin remilgos, obraré yo! Cuaquiera preparación de tu parte, echaría nuestros planes por tierra.

Augusto se decidió a abusar de la confianza que años atrás le dispensara Susana escribiéndole alguna carta con frases cariñosas, cuyas fechas, cambiadas hábilmente por el aventurero, podían comprometer de pleno a la mujer casada, y le telefoneó desde la casa de la falsa Baronesa a la suya:

—¿Está la señora de Durmontal?

—Soy la doncella de servicio, señor. Voy a avisar a la señorita, que debe estar en el salón.

Un poco después.

—¿Quién es á a aparato?

—¿Es usted, Susana?... Yo soy Augusto... su sentimental amiguito de antaño. ¿No me reconoce en la voz?

—¿Usted?... ¿Y qué quiere usted otra vez de mí?

—N ceslto verla urgentemente... Ya supondrá para qué. Deseo dejar terminado de una vez este asunto enojoso. Varias son las ocasiones que he tenido de hablarle de clo, pero ahora es necesario que no tengamos que perder más tiempo ni usted ni yo. De modo, que el jueves...

—¿El jueves?... No sé si podré ese día...—respondió Susana, indignada para sus adentros, odiando al difamador infame.

—Confío que podrá, Susana. Tiene usted demasiado buen sentido para arriesgar de ese modo su felicidad.

—Bien... Desde luego, yo quiero que no se hable más de lo que a usted tanto interesa. Entendidos. El jueves veremos qué es lo que usted quiere.

—Hasta entonces, Susana.

Cesó a comunicación. Los errores de la juventud soñadora, ¡cuán dolorosos son si más tarde se recuerdan y se analizan!

¿Qué haría Susana para recuperar las cartas de

cuyo cambio de fechas, estando aquéllas en poder de un aventurero, no podía dudar?

¿Qué exigencias tendría Augusto?

Sólo el pensar en que debía entrevistarse con el falso amigo, ponía fuera de sí a Susana.

Pero a todo estaría dispuesta a cambio de que su esposo no se enterase de nada.

Al día siguiente, el miniaturista japonés se presentaba en el hogar de los Durmontal.

El criado que abrió la puerta principal, viéndole relativamente modesto en el vestir, le indicó que pasase por la puerta de servicio, mos rándole donde estaba, dudando de que se tratase de una visita considerada de importancia por los dueños de la casa.

Gerardín vió a Hideo hablando con el criado, y culdó de ir a buscar a Susana, la cual, sumamente gustosa, le introdujo en la alhajada mansión, confundiendo al criado su torpeza.

El sabio recibió también muy cariñosamente al artista, y como notase que estaba profundamente preocupado, trató de consolarle.

—Comprendemos su pena, Hideo... Siempre será doloroso para usted verse a ejado de los suyos.

—No. Al volver la vista atrás, hacia mi país, sólo veo cuadros de desolación y de muerte.

—¿Qué quiere usted decir, Hideo?

—No tengo ya familia. Desapareció... ¡Oh, qué tragedia!... Fué cuando el último terremoto... ¿Lo recuerdan usted s?... Sobre nuestras cabezas, el fuego devorador... los edificios convertidos en antorchas gigantescas... A nuestros pies, la tierra que se abría a cada nueva sacudida. Cuando cesó el terremoto, sólo se veían cadáveres... cadáveres por todas partes... y entre ellos, los míos... los seres tan queridos para mí, que me parecía que nunca podría separarme de ellos...

—¡Qué desgracia!

—¡Qué horrible!

—¿Quién no haya visto semejantes cuadros, no

puede formarse una idea exacta de su importancia.

—Animo, Hideo.

—Viéndome solo en el mundo, con el fantasma de la miseria como única perspectiva, huí de aquel reino de la Muerte y tomé pasaje para Amberes. En una maleta puse algunos objetos de arte trabajados por mis manos... los más valiosos, los que yo suponía que aquí en Europa podrían abrirme el camino del bienestar. Al llegar a destino, dos hombres que, más tarde lo comprendí, eran dos



—Pero comprendiendo que mi deber era el de separar a los que peleaban...

ladrones, se me ofrecieron en el muelle a acompañarme a una fonda modesta cercana al puerto. Accedí a ello, para hacer los menores gastos posibles, y ya en la fonda, frecuentada por gente bullanguera, uno de aquellos hombres cenó conmigo en la misma mesa. De pronto un par de hombres, indudablemente aleccionados por el segundo

de los ladrones, lucharon a brazo partido. De momento tuve serios temores de recibir alguna silla en la cabeza. No estaba acostumbrado a ver luchar ni a luchar yo mismo. Pero comprendiendo que mi deber era el de separar a los que peleaban con ánimo de matarse, decidí ponerme de por medio. No conseguí separarlos... sino ser despedido violentamente por uno de ellos casi junto a donde yo había dejado mi maleta.

Sin embargo, gracias a mi intervención o por casualidad, la lucha cesó, vaciándose la taberna aquella, quedando en ella el hombre que cenaba conmigo y algún que otro consumidor. Entonces fué cuando me apercibí de que mi maleta había desaparecido. El otro ladrón huía con ella y ya debía hallarse a buen recaudo.

—¡Qué gentuza!

—Tuve que resignarme a la fuerza a renunciar a mi maleta. Y me vine a París, dispuesto a defender el poco dinero que me quedaba. Estoy instalado en una buhardilla de Montmartre, donde trabajo unas horas, las menos, y sueño otras horas, las más... ¡Estoy solo... soy pobre... me siento perdido en esta ciudad inmensa, que parece que va a tragarme!

—Usted vale, Hideo, y no debe acobardarse ni en París ni en ninguna parte. Pero necesita que alguien le dé la mano. Lo comprendo. Su alma ha pasado por las más terribles torturas. Tal vez haya sonado ya para usted la hora del olvido encontrando de nuevo el bienestar. En nosotros tiene usted buenos amigos. Como a tales le vamos a hacer por mi boca una proposición: ¿Quiere usted aceptar nuestra hospitalidad?

—Pero ¿es posible, señor Durmontal, que ustedes sean tan generosos conmigo?

—Trabajaré usted a mi lado. Precisamente estoy haciendo estudios sobre el Arte japonés y necesito un colaborador que sea al mismo tiempo un amigo. Acepte usted. Susana también se lo pide...

—Sí, Hideo. Su propia felicidad aumentará la nuestra—apoyó Susana.

E Hideo, agradecido, inclinóse ante ella, hasta tocar el suelo, cual si besara sus plantas.

Desde entonces tuvo Hideo un taller confortable en la morada de los Durmontal, donde trabajaba con inspiración, y un "gran amigo": Gerardito.

Uno de los días de aquella semana, Susana recibió en su casa la visita de Augusto, y Gerardito,



—Usted vale, Hideo, y no debe acobardarse ni en París ni en ninguna parte.

que le vio llegar y alejarse con su madre hacia el jardín, dijo a Hideo, para quien no tenía secretos:

—Ha venido otra vez el hombre malo que visitaba antes a mamá más a menudo. ¡Oh, me es tan antipático, que de buena gana le aplastaría las narices!

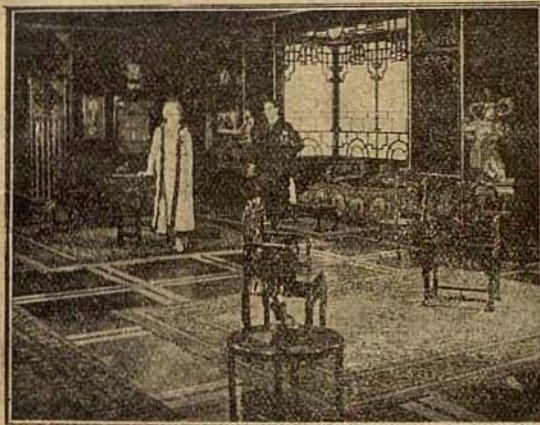
—¡Caramba! En este caso, yo te enseñaré a bo-

xear, para que defiendas a mamá de ese hombre malo. Pero ¿por qué dices que es malo?

—Porque siempre que viene, mamá se pone triste... y algunas veces llora.

—¡Ah! Entonces es muy malo, porque no es de bien nacidos hacer llorar a una mujer.

Hideo participaba de la opinión del niño. Augusto era un sujeto peligroso que abusaba, sin duda, de la bondad de Susana. ¿Cómo saber la verdad fijamente, para confirmarse lo que sospechaba?



Uno de los días de aquella semana, Susana recibió en su casa la visita de Augusto...

Augusto, mientras tanto, atemorizaba a Susana.

—¿Por qué no fué usted a casa como se lo pedí?

—No pude salir... Además, no me atreví... Yo creo que usted no debiera...

—No me haga reproches, Susana. Espero que mañana irá usted. Es más que un ruego, pero no es todavía una amenaza.

Susana no se detenía en el jardín, temerosa de que alguien pudiera oír la conversación que tenía con el difamador. Y en tanto que paseaban...

Hideo contaba a Gerardito una interesante historia: la historia del príncipe Hasaki.

—El Mikado poseía una perla magnífica—decía al niño—una perla como en todo el mundo no se encontraría otra igual, y un hombre malo, convertido en serpiente, se deslizó en el palacio para robarla.

—¡Oh!

—Pero el príncipe Hasaki velaba en la sombra, dispuesto a aplastar la cabeza de la serpiente antes de que llegara a apoderarse del tesoro de su señor. Y lo hizo, sin otro interés que el de la gratitud, por deber y por conciencia, sin importarle lo que pudiera sucederle en aquella aventura.

El señor Durmontal se presentó en aquel momento en el estudio del miniaturista, y como oyó el final de la historia, imaginaria, en verdad, pero real, en apariencia, dijo a su hijito, agradeciendo a Hideo los consejos que le inculcaba:

—Escucha bien y recuerda siempre esto, hijo mío. Día llegará en que comprenderás lo que significan las palabras: lealtad y abnegación.

Aprovechando el que el señor Durmontal se llevaba a su hijito hacia su gabinete de trabajo, Hideo bajó al jardín y, apostándose detrás de unos arbustos, pudo oír, al punto de marcharse Augusto, lo que le decía a Susana, que fué lo siguiente:

—Mañana la espero en mi casa, a las cinco, con la seguridad de que irá. Sé que a una mujer como usted, lo que más le importa en el mundo es su reputación.

Susana no respondió, y cuando estuvo sola prometió no acceder a la imposición de Augusto.

Al día siguiente, a la hora de la cita, Augusto y la Baronesa de cartón esperaban la visita de Susana.

Llamaron a la puerta.

—¡Es ella!... ¡No puede ser nadie más que ella!
—dijo Augusto, esperanzado.

Abrió la criada.

No era Susana. Un enviado, Hideo, traía una carta para Augusto. La criada se encargó de entregar la misiva a su destinatario. Así nadie más que la criada pudo ver a Hideo, y ésta superficialmente.

Augusto, compartiendo el despecho de la Baronesa, releyó la carta de Susana, que decía así:



—Pero el príncipe Hasaki velaba en la sombra, dispuesto a aplastar la cabeza de la serpiente...

Señor Verian:

Siento mucho no poder acudir a la entrevista que usted había pedido, pero una visita a última hora me lo impide. Pidiéndole disculpas, si esto le proporciona alguna molestia, le saluda

Susana Durmontal.

Hideo se asomó al salón donde se hallaban los

difamadores, y leyó en el semblante de ambos el mal efecto que les producían las disculpas de Susana. De este modo pudo el miniaturista conocer también a la supuesta Baronesa.

Así Hideo empezaba a ser, oculto en la sombra, como el héroe de su historia, aquel príncipe Hasaki que guardaba celosamente la perla del Mikado.

La Baronesa, necesitada de recursos, dijo a Augusto, como echándole en cara su poca habilidad:

—Este asunto va a prolongarse indefinidamente! ¡Y conviene terminarlo cuanto antes, no sea que alguien descubra la superchería de las fechas!

* *

A veces, en la vida sombría de Hideo, la presencia de Susana ponía la alegría de un rayo de sol.

Una tarde, leyó con ella estos versos, que comentaron:

*Siguiendo su marcha errante
iba el pobre peregrino
y vió una rosa muy bella
en un muro del camino.
¡Alta está la linda rosa
para el pobre peregrino!,
pensó el hombre y, suspirando,
volvió a emprender el camino...*

Esos versos eran la fiel realidad para el artista. Tristes versos para su alma.

Susana notó la melancolía del oriental, y musitó:

—Hideo, yo sé que usted no es feliz... pero, al menos, dígame usted que a nuestro lado ha encontrado algo así como un remedo de felicidad.

—Soy como el peregrino del verso, señora. Sigo mi camino sin mirar atrás... Un día el peregrino encuentra una rosa y se detiene a admirarla... pero pronto reanuda su marcha, porque comprende que aquella rosa no es, no puede ser para él.

¿Comprendió Susana el alcance de las místicas palabras de Hideo?

Era mujer. Comprendió. Sin que él hablase, le comprendía. Hideo la amaría si ella fuera libre. ¿Agradecía Susana ese amor? No sabía explicárselo. Lo único de que estaba segura, era de que le dolía que Hideo no fuese completamente feliz.

Miráronse un momento Susana e Hideo en silencio, sin que por los ojos de éste asomara la pasión que sentía por ella, interrumpiendo aquella sentimental e inconsciente escena, la llegada de un criado anunciando a Augusto.

—El señor Verian insiste en ver a la señora.

Turbóse Susana, y para disimularlo mejor separóse al momento de Hideo, encaminándose a recibir al importuno.

Se vieron en el jardín, como siempre.

Gerardito se reunió con Hideo, a quien se lamentó de que su mamá hubiese tenido que atender otra vez al antipático visitante.

Con el niño, a quien aconsejó que no hablase para nada, Hideo espió a Verian, para deducir de sus gestos lo que le decía a Susana.

—Como usted no quiere venir a mi casa, me veo yo obligado a presentarme en la suya, Susana.

—¡Pero esto es de una audacia incalificable! ¿Hasta dónde va usted a llegar con sus amenazas?

—Susana, usted es la causa inconsciente de mi conducta... porque la sigo amando, Susana... porque, a pesar de su matrimonio, sigo viendo en usted la novia adorada de otro tiempo.

—Si verdaderamente me amase usted, respetaría mi vida de esposa y de madre. ¡Y basta ya!

—¡Está bien! Si usted no quiere creer en la sinceridad de mis palabras, emplearé otros argumentos... sin duda muy interesantes para su marido.

Susana temblaba.

—¡Pero eso es falso, Verian!—exclamó horrorizada—. ¡Esas cartas fueron escritas por mí mucho antes de conocer a Renato!... ¡Usted no cometerá semejante infamia!

Hideo, ante la nerviosidad con que replicaba a Verian la amenazada esposa, dijo a Gerardito:

—¡Pronto, llama a tu mamá... que se separe de ese hombre! ¿Me comprendes?...

El niño obedeció, llegando al lado de su madre cuando Verian la hería en lo vivo.

—Piense usted que su marido está enfermo del corazón... Sería la muerte para él una revelación de esa índole... aun siendo falsa.

—¡No! ¡Usted no hará eso! ¡Sería un asesinato!

—Yo no tengo interés en decir nada, siempre que sea usted razonable conmigo. Una noche de esta semana nos veremos en un *cabaret* de Montmartre, y entonces le entregaré las cartas.

Aquí acudió el niño.

—Mamá, te llama la modista. Dice que tiene muchísima prisa.

Susana miró hacia donde le indicaba el niño, y vió a Hideo que le hacía una seña con la que le indicaba que aquello era un subterfugio para librarla del importuno.

Augusto marchóse, no dudando de que Susana acudiría a su invitación, y cuando aquélla e Hideo estuvieron solos, él le dijo:

—Señora, yo no traté de sondear en su vida, pero adiviné en usted un secreto doloroso... Disponga de mí, señora, como de un esclavo, como de un perro. Mi mayor placer sería morir por usted.

Susana miró con agradecimiento a Hideo, y, al par que se disponía a retirarse a sus habitaciones, murmuró:

—¡Pobre Hideo! ¿Qué podría usted hacer por mí?

Al día siguiente, en el Hipódromo de Auteuil.

La baronesa de Calix era una entusiasta de las carreras, y aquel día la acompañaba un *aristócrata* de tan rancio abolengo como el de ella: el conde de Guide, compinche también de Augusto Verian.

Hideo había adivinado el secreto de Susana, y después de orientarse bien, se disponía a represen-

tar aquella tarde el prólogo de la ingeniosa comedia que había ideado.

Vestido de etiqueta, mezclóse entre la buena sociedad, codeándose con el trío más arriba citado.

Hideo apostó al mismo caballo que los estafadores, y al final de las carreras se hizo amigo de ellos.

Fué fácil.

Todos habían perdido. Haciendo comentarios acerca de los motivos de la derrota del caballo que eligieran, trabaron conocimiento.

—¿Ha perdido usted mucho, señora?

—¡Oh, poca cosa! Cien francos. ¿Y usted?

—Casi nada. Cien mil.

La falsa Baronesa abrió los ojos con gran asombro, al tiempo que Verian y su compinche reconocían que cien mil francos eran, ciertamente, "muy despreciables".

Naturalmente, Hideo mentía, pues no había apostado y perdido más que 25 francos. Pero aun mintió más, presentándose a los difamadores como el vizconde Ossumya, de Tokio.

Y la Baronesa se las arregló de manera que Hideo aceptase un asiento en su automóvil, dispuesta a sacar partido de su "bien provista" cartera.

Desde aquel día de las carreras, Hideo abandonó con frecuencia el silencio y la paz de su pequeño estudio, deplorando Gerardo esas ausencias de su "gran amigo", como así se llamaban mutuamente.

Donde se le podía encontrar, era en casa de la baronesa de Calix, que le recibía con mucho agrado, pues empezaba a resultarle muy interesante aquel caballero oriental que sabía perder cien mil francos con tan elegante sangre fría, y que se hospedaba en el Ritz. Indudablemente, se trataba de un millonario en viaje de recreo.

♦♦

Algunos días después, en uno de los *cabarets* que llenan de forzada alegría las noches de Montmar-

tre, se reunían Susana, Verian y el compinche de éste.

Esperanzada en recuperar sus cartas, Susana no había vacilado aquella noche en arriesgar su vida para acudir a la cita de Verian.

Pero, por si algo le ocurriese, Hideo estaba allí, cenando con la falsa Baronesa, a la que fingía enamorar.

Después de la comida, Susana reclamó a Verian las cartas, puesto que ella había cumplido.

—Cuando salgamos se las daré, pues las tengo en casa.

—Pero...

—No tema nada, Susana. Tiene usted mi palabra. ¿Vamos?

De pronto Susana vió a Hideo, sorprendiéndole sobremanera que él estuviera allí, en compañía de una mujer. Pero Hideo le hizo seña de no descubrirle, y gracias a ello pudo continuar interpretando la farsa.

Más confiada sabiendo que Hideo no la perdía de vista, Susana aceptó acompañar a Verian a su casa, saliendo del *cabaret* después de haberlo hecho Hideo con la Baronesa.

Estos últimos, ya en la casa a la que los primeros tenían que ir, desplegaron sus armas para vencerse mutuamente.

Hideo se encontraba donde deseaba encontrarse.

La Baronesa creía sinceramente que había llegado para ella el momento de su "gran negocio", y no estaba dispuesta a desaprovecharle.

—¡Qué nido tan encantador tiene usted, Baronesa!—dijo Hideo, paseando su vista por el interior.

—Encantador... pero demasiado frío. A mí los nidos solitarios no me convencen.

—¡Qué casual! A mí tampoco...

Luego, fijándose en un retrato de Verian, Hideo preguntó:

—¿De quién es esta fotografía... si no es indiscreción?

—De mi hermano—respondió la Baronesa para despistar.

En aquel momento el automóvil que conducía a Verian y Susana se detenía a la puerta de la casa del primero.

Susana, como si una luz se hubiese encendido de pronto en su cerebro, comprendió el peligro inminente que corría, y el miedo le dió serenidad para salvarse.

—Baje usted y abra la puerta. Así podré entrar rápidamente en su casa, sin que nadie me vea—dijo a Verian.

Este se apeó del coche, y entonces Susana ordenó al *chauffeur* que partiese a toda marcha hacia el barrio de Neuilly.

Júzguese de la cólera que se apoderó de Verian al ver escapar su presa, y nada más lógico que, al encontrar en su casa, con su amante la falsa Baronesa, al supuesto vizconde Ossumya, no se le ocurriera de momento otra suposición que la de que era víctima de una infidelidad.

—¿Qué hace usted aquí, caballero?

Hideo, sin inmutarse, y fingiendo no conocerle, respondió, dirigiéndose a la Baronesa:

—¿Quién le ha concedido a este señor el derecho de interrogarme?

—¿No lo reconoce usted?... ¡Es mi hermano!

—¡Basta de comedia, señor! ¡Necesito una explicación y la necesito rápidamente!

La Baronesa tuvo buen cuidado de informar con la mirada a Verian de que se trataba de un "buen negocio", y a partir de ese momento, el difamador obró con vistas a la ganancia.

—¡Y tú ya me dirás por qué ese hombre te acompaña a estas horas!—prosiguió, censurando la conducta de la apócrifa hermana, para hacer caer en la red del engaño a Hideo.

—¡Por piedad, no culpes a tu pobre hermana!... ¡El Vizconde entró aquí forzando la puerta!

—Espero, señor, que estará usted dispuesto a reparar en lo posible...

—¿Una reparación por las armas?... Perfectamente. A su disposición.

—¡Cómo! ¿Batirme con un desconocido?... ¡No estoy loco por ahora, señor mío!

—Puedo ofrecerle otra reparación, si no la toma usted como una nueva ofensa. Pero sólo llevo encima una cantidad exigua: diez mil francos.

Verian se calmó en el acto, vendiéndose inconscientemente.

—Poco es, en efecto, pero, puesto que usted de-



—Espero, señor, que estará usted dispuesto a reparar en lo posible.

muestra su buena intención, no quiero dar al asunto más importancia de la que tiene en realidad.

Hideo simuló firmar un cheque. Mientras, Verian murmuró a la Baronesa:

—Es bastante menos de lo que yo esperaba... pero no están los tiempos para desperdiciar ocasiones, ¿no te parece?

Bruscamente, Hideo se echó a reír, desconcertando a los difamadores.

—Les creía a ustedes más avisados... ¡Pobres necios!

—¿Qué significa esto?

—Yo soy Vizconde, señora, lo mismo que es usted Baronesa... y tengo tanto dinero como ustedes tienen honradez. Quise saber lo que se ocultaba detrás de la fachada brillante, y sólo he encontrado fango y lodo.

La sorpresa impidió hablar a los culpables.

—Conozco el *chantage* de que tratan ustedes de hacer víctima a la señora de Durmontal, y me permito darles un consejo: salgan de París cuanto antes; el aire está aquí muy enrarecido y podría hacerles daño.

Como Verian pareciese dispuesto a contradecir a Hideo, éste añadió:

—Parece que no me ha entendido usted bien. Se lo diré más claro. O cesa usted sus visitas a la señora de Durmontal, o va usted a la cárcel por falsario. Es fácil de recordar y sencillo de meditar: un viajecito a la cárcel.

Tras esto, Hideo cogió su gabán y su sombrero y marchóse tranquilamente. No temía ninguna tentativa de agresión por parte de Verian, pues el asombro le había anonadado, lo mismo que a la Baronesa.

Algún tiempo después, en los salones de los Durmontal había esplendor de fiesta.

Gerardito jugaba un rato con Hideo antes de acostarse. Hacían boxear a dos muñecos.

A pesar de la prohibición de Hideo, Augusto Verian había conseguido introducirse en la *soirée*.

—¡Usted otra vez! ¿Se ha propuesto usted desperarme, Verian?

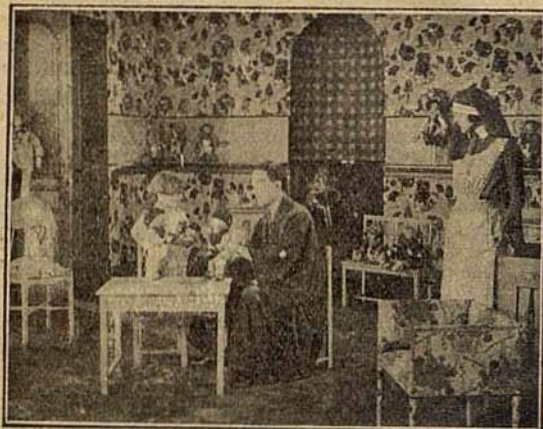
—Susana, no puedo olvidar que la amé en otro tiempo. Fué este sentimiento el que me impulsó a venir, quizá por última vez.

Gerardito, a quien la doncella acababa de acos-

tar, hizo algunas travesuras saltando de la cama, y se dió un golpe en una pierna, insistiendo en que fuera precisamente su mamá quien lo metiera de nuevo en la cama, después de haberle besado la "pupa".

La doncella avisó a Susana, al tiempo que Hideo, vestido al estilo de su país, hacía acto de presencia en la fiesta.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Verian a Su-



Gerardito jugaba un rato con Hideo antes de acostarse. Hacían boxear a dos muñecos.

sana, creyendo reconocer al supuesto vizconde Osumya.

—Un amigo... un verdadero amigo, cariñoso y leal.

Inmediatamente, Susana subió al piso donde se encontraban las habitaciones íntimas, para consolar a Gerardito.

Verian, atento a su egoísmo, subió tras ella, y esperó a que saliera del cuarto del niño.

Susana acostó a su hijito, pero éste, para que no se marchase, le estiró el vestido, desgarrándolo en un hombro.

—¡Tonto, acabas de hacer una tontería que perjudica a mamá! Ahora tengo que ponerme otro vestido.

Salió Susana de la habitación del niño y se dirigió a la suya, la conyugal, que estaba enfrente, siguiéndola allí Verian.

—¡Qué osadía! ¿Qué viene usted a hacer aquí?

—¡No puedo aguantar más, Susana! Este asunto ha de quedar terminado ahora mismo.

—¡Por favor, váyase!... ¡No me comprometa!

—Las cartas que tengo en mi poder, Susana, no las doy; las vendo...

—¡Qué canalla!

—Pido muy poca cosa en cambio: un recuerdo... una de esas joyas que realzan su belleza...

Hideo, que siguió a Verian, comprendió que el miserable estaba dispuesto a todo para salirse con la suya, y como Susana se resistía a entregarle ninguna joya, y Verian forcejeaba con ella para obligarla, se dirigió a su estudio, apoderóse de un arma y aprestóse a acudir en defensa de la digna mujer.

Pero antes que él entró en la estancia donde Susana y Verian luchaban, en tierra, aparentemente abrazados, pues Verian intentaba apoderarse de un collar de perlas que ella lucía, el señor Durmontal, moviendo su presencia allí el deseo de mostrar a un amigo suyo una obra de arte tallada por Hideo que se había reservado para sí.

Víctima de las apariencias, el señor Durmontal creyó que Susana había hecho traición a su amor, y loco de desesperación se abalanzó sobre Verian, pero al alcanzarle, aprestándose a castigarle, levóse las manos al corazón y cayó sin vida al suelo.

—¡Asesino!—gritó Susana a Verian.

Este, atemorizado, tapóle la boca con sus manos,

y le dijo, huyendo después por una ventana, sin dar tiempo a Hideo, que entró en aquel momento, de detenerle:

—¡Recuerde que de su silencio depende la vida de su hijo!

El rumor de la disputa llegó hasta los invitados, y se descubrió en el acto la tragedia.

Varios caballeros entraron en la cámara conyugal, y encontraron en ella a Susana, llorando desesperadamente junto al cadáver de su adorado esposo, y a Hideo, de pie, y con el arma en la mano, dolorido ante el dolor de Susana y por la muerte de su noble protector y amigo.

Se avisó a un médico y a la policía.

Hideo fué considerado presunto culpable del asesinato, pero Susana se opuso a su detención.

—¿Hideo culpable?... ¡No, no! ¡Déjenlo en libertad en seguida!—contestó a los invitados que le detuvieron.

—¡Pero si lo hemos encontrado con el cuchillo en la mano!

—¡No! No se trata de un asesinato... Renato ha muerto de un ataque cardíaco... la enfermedad que desde hace tiempo venía padeciendo...

Cuando llegó la justicia, Susana persistió en su primera declaración, abogando en pro de Hideo, pero aunque, en verdad, éste no había hecho uso del arma que llevaba, se le detuvo pues las huellas dactilares que aparecían en el cuello de la víctima, no dejaban lugar a dudas: el sabio orientalista había muerto estrangulado.

*

**

Tres meses después, se celebraba la vista de la causa, en la que Hideo, como los héroes abnegados de las leyendas de su país, se sacrificaba por el honor de su dama.

Fué inútil que varios testigos intentaran hacer declarar a Hideo la verdad, afirmando que tanto Susana como él la sabían pero la ocultaban,

Hideo se limitó a repetir esta declaración:

—La única verdad es esta: yo había ido a la habitación de la señora Durmontal con el propósito de robar sus alhajas. Me sorprendieron. Quise defenderme con el cuchillo que llevaba a prevención, pero el señor profesor me desarmó. Entonces luchamos los dos. Yo fui el más fuerte. Estaba ciego. ¡YO LO MATE!

—Ya ha oído usted la confesión del acusado, señora. ¿Sigue usted afirmando que la muerte de su



—¿Hideo culpable?... ¡No, no! ¡Déjenlo en libertad en seguida!

marido fué accidental, debida solamente a una afección cardíaca?

—Afirmo—respondió Susana.

Le tocó el turno a Verian, el verdadero asesino. Fué citado porque dejara su gabán y su sombrero en casa de Susana.

El miserable se impuso a su emoción, y aparen-

taba estar tranquilo. Susana e Hideo clavaron sus ojos en él, que no se atrevió a mirarlos.

—Usted se encontraba en casa del señor Durmonta la noche del crimen, ¿no es eso?—le preguntó el Presidente.

—En efecto, allí me encontraba, señor Presidente.

—¿Reconoce el testigo este sombrero y este abrigo como de su pertenencia?

—Sí, señor Presidente. Quiso el destino que asistiera al drama. Yo soy hombre excesivamente nervioso. Perdí la serenidad y huí sin saber lo que hacía.

—Pero ¿por qué huyó de esa manera? ¿Por qué no trató de detener al culpable? ¿Por qué, también, luego, no reclamó estas prendas?

Verian perdió la serenidad. El interrogatorio a que fué sometido hábilmente por el Presidente le desconcertó. El Magistrado entreveía el misterio del honor en aquella causa y trataba de ponerlo en claro.

Verian, turbado, respondió:

—¿Por qué me interrogan así?... ¿No ha confesado su crimen el acusado? ¿Ese... ese es el asesino! ¿Juro que él fué el asesino!... ¡Yo lo vi por mis propios ojos!

Hideo no protestaba, pero Susana, levantándose de su sitio, exclamó:

—¡Canal a!... ¡Miente usted!

Hideo hubiera querido gritarle a Susana que se callase.

Pero Susana, adelantándose al Jurado, añadió:

—¡Señor Presidente, señores Jurados, miente... ese hombre miente! ¡Yo diré toda la verdad!

Se hizo el mayor silencio en la sala. Los *gendarmes* contuvieron a Hideo, que quería impedir que Susana hablase más de lo debido.

—Ese hombre falsificó una carta mías, y con la amenaza de enseñármelas a mi marido, venía persiguiéndome meses y m. ses... Aquel a noche se introdujo en mi habitación, y cuando fué sorprendi-

do por mi marido, lo estranguló... ¡Hideo es inocente! ¡Lo juro! ¡Con una abnegación sublime se sacrificó por mí... para salvar mi honor, para que el escándalo no manchase mi nombre!

Acorralado, Verian delatóse a sí mismo, pero para vengarse de Susana.

—Pues bien, sí, es cierto... ¡YO LO MATE!... pero aquí, delante de todo el mundo, quiero decir quién es esa mujer que se permite hablar de honor...



No pudo terminar la frase. Hideo, cual tigre sobre su presa, rompió la resistencia de los "gendarmes" y, dando un salto fantástico, cayó encima del miserable.

No pudo terminar la frase infame. Hideo, cual tigre sobre su presa, rompió la resistencia de los *gendarmes* y, dando un salto fantástico, cayó encima del miserable, teniendo que separarle de él numerosos policías.

Pasaron los días.

La inocencia de Hideo brilló con la aureola del sacrificio. Verían purgaría en el encierro su delito, y Susana no tendría que temer jamás ninguna amenaza a su honra sin mácula.

Cumplida su generosa misión, Hideo partió hacia su remoto país, pero se llevaba grabada en su mente la figura de la única mujer a quien amó con la nobleza de un amor puro.

Susana, en sus horas de soledad con su alma, comprendió que la vida ofrece a las criaturas varios caminos a seguir... y sintió que una voz le decía que el de la felicidad futura sólo lo encontraría en los brazos de su hijito y en el cariño fiel de Hideo.

Y, un día, en tanto que el barco que conducía a Hideo a lejanos horizontes se deslizaba por las aguas, Susana escribió esta carta:

...¿Por qué me ha abandonado usted, Hideo, cuando más necesitada estoy de su protección... cuando mi corazón se llena de tristeza en la soledad?...

Gerardito interrumpió a su mamita.

—¿A quién escribes?—le preguntó.

—A tu "gran amigo", hijo mío... No quiero que echés de menos su grata compañía... No quiero que te entristezca su ausencia...

—Y ¿qué le dices, mamá?

—Le digo que tú le llamas... que deseas verle pronto a tu lado...

—Y ¿vendrá, mamá?

—Sí, mi bien, vendrá... porque él también lo estará deseando...

Y Gerardito acarició a su mamá, agradeciéndole el bien que le haría la presencia de Hideo... para siempre.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental producción PARAMOUNT

La jornada de la muerte

Creación de los grandes artistas

JACK HOLT, MADGE BELLAMY, etc.

EXITO SORPRENDENTE

Postal-fotografía-regalo:

MARY ALDEN

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles: — Precio: 25 cts.

LEA USTED

la sugestiva novela

AMOR QUE REDIME

9.º libro de la BIBLIOTECA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Precio popular: 50 cts.

AYER, MARTES, 6 de Octubre, se puso a la venta

AYER Y HOY

La revista que todavía no se había hecho en Barcelona.

SUMARIO

Interviú con SAMITIER, por María Luz Morales.

El peligro revelador (novela corta), por L. Watson.

La tabla de salvación (diálogo teatral), por La Bouquetière.

Por los caminos del mundo: La influencia de la barba en los destinos humanos.—Curiosas leyes de los yankis.—Una mujer de palabra, etc.

Cartas de amor, por H. de Balzac.

CONCURSO DE CARTAS DE AMOR: Un premio de diez libras esterlinas para la carta mejor escrita.

Sección gráfica: Ocho páginas.—*UNA MAÑANA EN LA RAMBLA DE LAS FLORES*.

De la vida frívola: *EL INVENTOR DE LA MELLENITA*.

Novela cinematográfica.—*Visitando cines*.—*Modas*.—*Teatros*.—*Libros*.

DEPORTES: El capitán del «Tarrasa» hace manifestaciones llenas de interés a los lectores de AYER Y HOY.

Corazones de hielo (novela de aventuras), por James Oliver Curwood. — Página infantil.—Cuentos.—Caricaturas.—Amenidades, etc., etc.

Pida nuestra revista en todos los kioscos. Hojéela, aunque no la compre, y sentirá el deseo de comprarla.

¡76 páginas!

¡40 céntimos!